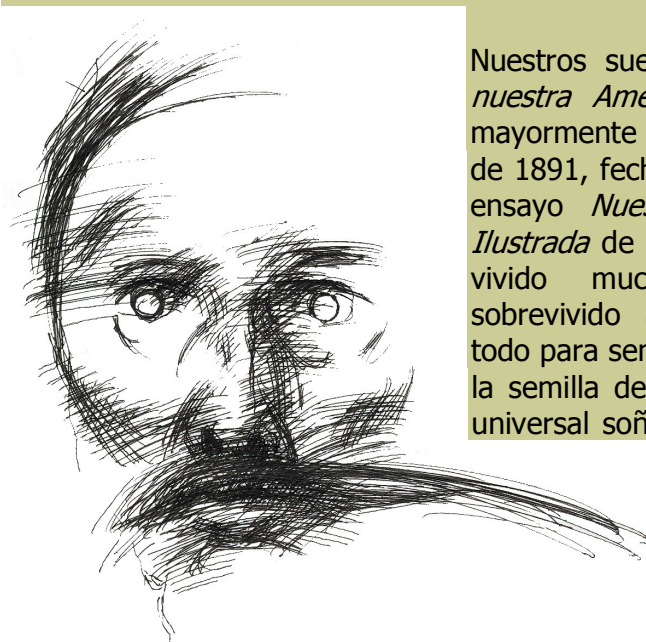


DE MARTÍ A GARCÍA MÁRQUEZ: CIEN AÑOS DE LIBERTAD  
— ENSAYO DE IMAGINACIÓN —

Guillermo Schmidhuber de la Mora



Guillermo Schmidhuber de la Mora pintado por Rafael Coronel.

Nuestros sueños han pasado de visualizar *nuestra América* a vivir en una América mayormente nuestra. Desde el 10 de enero de 1891, fecha en que José Martí publicó su ensayo *Nuestra América*, en *La Revista Ilustrada* de Nueva York, hasta hoy, hemos vivido muchas primaveras felices y sobrevivido algunas estaciones dolorosas, todo para sembrar del "Bravo a Magallanes... la semilla de la América nueva". El cubano universal soñó *nuestra América* con libertad y determinación propia, para que no llegáramos a saber "de los gigantes que llevan siete leguas en las botas y le pueden poner la bota encima". Durante el período que va desde la publicación del artículo martiano hasta hoy,

la bandera de la libertad no ha ondeado en todo lugar, ni tampoco su enarbole ha sido permanente; algunos lábaros han lucido soberanos a todo lo alto de la asta, mientras otros sólo han logrado subir la media asta porque triunfadores han sido unos esfuerzos y vanos, otros. Han sido más de cien años de búsquedas libertarias que han cruzado el milenio.

A partir de la revolución francesa, unos países buscaron la libertad como máximo valor y se autocalificaron de liberales, mientras otros privilegiaron la igualdad y se autollamaron socialistas. Ningún país en el pasado buscó la fraternidad. Nuestra América ha demandado simultáneamente la libertad, la igualdad y, lo que hoy es más urgente, la fraternidad. Esta triple condición *sine qua non* es esencial para alcanzar la felicidad social que nuestras constituciones declaran y que todos exigimos, pero que nadie parece alcanzar del todo. Sin embargo, aún está abierta la exhortación de Simón Rodríguez, el maestro de Bolívar: "La América Española es original y originales han de ser sus instituciones y su gobierno, y originales sus medios de fundar uno y otro. O Inventamos o erramos", lo decía sabiamente al inicio de nuestras independencias. Aunque es cierto que todos los países han errado más de una vez, también es cierto que

hoy en lo político estamos inventando, pero ¿cuándo alcanzaremos la felicidad social que todo pueblo debe alcanzar?

¿Cómo podríamos medir lo alcanzado y llegar a comprender todo lo que nos falta? Somos libres, claro que sí, los diecinueve países habitados por 365 millones de hispano parlantes. Todos han aprendido a amar la libertad, somos libérrimos de espíritu, pero no hemos sabido cómo consolidar estados justos. Martí escribió: “Pensar es servir”, así que deberíamos construir nuestras democracias mientras *pensamos* y *servimos*, para que sean nuestras del todo; si no, el siglo de soledad que sufrimos sin libertad plena pudiera repetirse.

Al estudiar nuestra historiografía, encontramos en demasía crónicas parciales porque fueron escritas desde una perspectiva unilateral, con mirada de cíclope, unidireccional y monocromática. No tenemos textos de historia que miren con los mil ojos de los muertos y con los mil ojos de los sobrevivientes, porque fueron escritos más al servicio del poder que al de la verdad. Por el contrario, si recurrimos al legado de nuestros mejores pensadores, descubriremos que nuestra verdad ha sido escrita mayormente por literatos, hombres y mujeres que mientras hacían literatura filosofaban de lo nuestro. Martí tiene sus mejores capítulos cuando eslabona literatura con política porque su poesía es tan libertaria como sus ideas; a la par que Gabriel García Márquez, cuya obra crea imágenes de nitidez fotográfica que evidencian nuestro historial. Al estudiar los senderos recorridos por nuestra historia, también rastrearemos las estelas dejadas en nuestro primer siglo literario, porque las crónicas que siguen la verdad fueron escritas con la sangre de los héroes y con la tinta de poetas. Por eso, la historia de la literatura nuestra es también la literatura de nuestra historia.

## **I Un siglo de soledad**

Anterior al siglo de libertad hubo un siglo de soledad que partió de los años en que los países hispanoamericanos llevaron a cabo su independencia del imperio español. Llegaron a la libertad como perlas de un collar roto, cayendo todas las piezas desperdigadas y sin que nunca volvieran a conjuntarse. Entre 1809 y 1821 varias fracciones de los cuatro virreinos —Nueva España, Lima, Nueva Granada y Río de la Plata— declararon su independencia: Argentina, Bolivia, Chile, Colombia, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, Uruguay y Venezuela. En el Caribe, la República Dominicana siguió integrada a España hasta 1844, mientras que Cuba y Puerto Rico se separaron hasta 1899. Diecinueve países llegamos a ser libres políticamente, pero no en el espíritu. Con la libertad ganada con tanto esfuerzo nació una profunda soledad, tuvimos el destino en nuestras manos pero no supimos qué hacer en esa coyuntura. Años torpes en un siglo de torpeza. Nuestro primer siglo de independencia devino en cien años de soledad. Estar rodeado de tantos hermanos sin nunca descubrir la fraternidad.

Al querer analizar el primer siglo de la literatura nuestra, no es pensamiento imposible el encontrar puentes que comunican con la nuestra historia. Si es verdad que Martí abrió con sus poesías el modernismo que creó un movimiento literario que fue por primera vez nuestro, también es cierto que los literatos posteriores escribieron narraciones que pueden ser leídas como crónicas

de los logros y los fracasos de esa América que ya era nuestra. Con las mismas palabras que crearon literatura, nuestros escritores forjaron el pensamiento que guiaba hacia una América que fuera tan libre como nuestra. Martí cerró con su literatura la última colonia –la cubana– y, simultáneamente, abrió un siglo literario que todos seguimos, un siglo para las letras y una nueva oportunidad para la libertad.

A partir del modernismo literario que iniciaron Martí y Darío, las letras hispanoamericanas llegaron a ser una de las mejores del mundo. Sus textos cuentan historias de las luchas sociales y políticas, cuando ya la libertad era nuestra, al menos constitucionalmente. Un siglo literario que también es un siglo de las nuevas realidades políticas, cuando la América nuestra iba aprendiendo a ser libre. Ese siglo se cierra en el cruce de milenios con obras de escritores que describen a nuestra América más libre. Gabriel García Márquez escribe obras martianas que buscan la libertad, no con armas revolucionarias, sino con las letras libertarias –novelas, cuentos y reportajes– que presentan personajes que no son libres totalmente pero que tienen en su interior la simiente de la libertad.

Muchas de nuestras voces literarias han presentado el ser y el sentir de la América nuestra. Casi paralelamente a Martí, el uruguayo José Enrique Rodó presentó una imagen nuestra con la analogía de *Ariel*, el personaje de *La tempestad* de Shakespeare, un ser espiritual y emancipado, y propone que huyamos del peligroso avance de la cultura materialista y utilitaria, que personificada por Calibán. Posteriormente, algunos pensadores han dividido la América nuestra de *Ariel* en contraposición con la América angloparlante de *Calibán*. Nuestro *Ariel* es espiritual y no conoce separación entre democracia y cultura, mientras que *Calibán* es pragmático y egoísta. Las palabras finales del ensayo presentan a una muchedumbre que no siempre mira al cielo pero que “el cielo la mira. Sobre su masa indiferente y oscura, como tierra del surco, algo desciende de lo alto. La vibración de las estrellas se parece al movimiento de unas manos de sembrador”. Si Rodó hubiera sido profeta, hubiera dicho que un siglo más tarde el espíritu de *Ariel* iba a triunfar, como lo hemos logrado hoy porque nuestra muchedumbre ha mirado al cielo para recibir su mensaje de libertad. La mayoría de las obras literarias nuestras presentan a gente viviendo en libertad, pero algunas pocas aún hacen retratos literarios de personas mientras esperan en la soledad *desarielada*.

El país de los *caribales* ha determinado en variadas ocasiones los cauces de nuestra historia, asesinando en muchos el espíritu de *Ariel*. La mitad de México se volvió parte del territorio de los *caribales* y, años más tarde, su dominio controló Colombia, Panamá y otros países que estaban naciendo a la libertad. A pesar de todo y después de un siglo, sigue estando presente *Ariel* como si fuera el profeta de nuestra libertad: “En el porvenir, sonriéndooos con gratitud, desde lo alto, al sumergirse en la sombra vuestro espíritu. Yo creo en vuestra voluntad, en vuestro esfuerzo; y más aún, en los de aquellos a quienes daréis la vida y transmitiréis vuestra obra”, nos dice esperanzado Rodó en el párrafo final de su ensayo.

Algunos han intentado sembrar un continente neoeuropeo en América, como si nuestro continente fuera un apéndice de Europa. Han preferido errar a inventar, como Sarmiento, el político argentino que contraponía la civilización a

la barbarie, y decía: "De eso se trata: de ser o no ser salvaje". Error: ni la barbarie era toda nuestra ni la civilización era únicamente la de ellos. No se aprende mientras no se es creativo en los aciertos, como también en los errores. Hemos construido nuestros países desde lo mestizo, sin importar los logros de los europeos, por muy inmensos que fueran. En contraposición a la europeización de América están las palabras testamentarias de Simón Bolívar, en la *Carta de Jamaica*:

Lo que puede ponernos en aptitud de expulsar a los españoles y de fundar un gobierno libre, es la unión, ciertamente. Mas esta unión no nos vendrá por prodigios divinos, sino por efectos sensibles y esfuerzos bien dirigidos. La América está encontrada entre sí, porque se halla abandonada de todas las naciones, aislada en medio del universo, sin relaciones diplomáticas ni auxilios militares y combatida por la España que posee más elementos para la guerra, que cuantos nosotros furtivamente podemos adquirir. Cuando los sucesos no están asegurados, cuando el Estado es débil, y cuando las empresas son remotas, todos los hombres vacilan; las opiniones dividen, las pasiones las agitan, y los enemigos las animan para triunfar por este fácil medio. Luego que seamos fuertes, bajo los auspicios de una nación liberal que nos preste su protección, se nos verá de acuerdo cultivar las virtudes y los talentos que conducen a la gloria: entonces seguiremos la marcha majestuosa hacia las grandes prosperidades a que está destinada la América Meridional. (Simón Bolívar, *Carta de Jamaica*, 1815)

Estas palabras escritas en Kingston, el 6 de septiembre de 1815, cuando Bolívar estaba en el exilio, nos invitaron ayer y nos invitan hoy a la unión, pero como somos tantos y hemos sido tan torpes, nos hemos alejado los unos de los otros, al formar países desavenidos, de paisanos enfrentados y con familias desacordes. ¿Cómo construir la América fraternal si no acabamos de edificar nuestros países ni de ser compasivos con nuestras familias?

A la gran pregunta de cómo construir nuestra América están las respuestas literarias de cómo somos los constructores/ destructores de cada uno de los países y del continente que formamos todos. La democracia que hemos ido logrando, país por país, nos potencia a ser una república de repúblicas, lo que podría llamarse la unión latinoamericana. ¿Por qué Europa sí pudo forjar una república de repúblicas en el cruce de milenio? Este concepto fue soñado en lugares y tiempos diferentes, primero por el portugués João Pinto Ribeiro en 1640, y a finales siglo XVIII por Jean-Jacques Rousseau, y hoy constituye la Unión Europea. Nosotros debemos luchar con construir una América que sea a un tiempo libre, igualitaria, fraternal y unida.

El siglo de soledad que va de los intentos de independencia hasta la segunda década del siglo XX queda manifiesto en la novela *Cien Años de Soledad*, de Gabriel García Márquez. Las vicisitudes de la estirpe de los Buendía son recordadas en esta crónica. La narración posee voz bíblica: En el principio era José Arcadio Buendía, fundador de un pueblo llamado Macondo, junto con su esposa Úrsula Iguarán. Se habían casado a pesar de que eran primos, mezclando así sus sangres con el riesgo de crear un hijo con cola de cerdo, pero la buena suerte los protegió y, a pesar de que tuvieron tres hijos, no hubo tal cas-

tigo en la primera generación. Y fue aquí que apareció del humo un hombre llamado Melquíades, un gitano que afirmaba poseer las claves de Nostradamus. El pergamino de los secretos fue guardado por José Arcadio, quien lo pasó a seis generaciones sin que nadie pudiera descifrarlo, hasta que finalmente fue dilucidarlo por el último de los descendientes, Aureliano Babilonia, en quien no sólo se dio el cumplimiento de la maldición de tener un hijo con cola de cerdo, sino que el niño fue comido por las hormigas. Al penetrar en el pergamino descubrieron que era la crónica de la familia Buendía, que había sido escrita proféticamente cien años antes.

La geografía de *Cien años de soledad* sitúa la crónica en Macondo, páramo pobre y reseco que sufre de desgracias y muertes, con resentimientos políticos y guerras civiles, mientras llega todo lo moderno, como el ferrocarril, con la afluencia de gente que emigraba desde los más recónditos lugares para laborar en una provechosa empresa bananera.

De entre los documentos conservados de los Buendía, sobresalen numerosas fotografías literarias, tantas que pueden disponerse en un álbum familiar. Los daguerrotipos conservados incluyen algunos retratos del patriarca de su estirpe, "José Arcadio Buendía, que era el hombre más emprendedor que se vería jamás en la aldea", quien en su vejez llegó a ser un holgazán sin deseos de hacer más descubrimientos: "José Arcadio Buendía se convirtió en un hombre de aspecto de holgazán, descuidado en el vestir, con una barba salvaje que Ursula lograba cuadrar a duras penas con un cuchillo de cocina", "Pero poco a poco lo fue abandonando a su soledad, porque cada vez se les hacía más difícil la comunicación. Estaba perdiendo la vista y el oído, parecía confundir a los interlocutores con personas que conoció en épocas remotas de la humanidad, y contestaba a las preguntas con un batiburillo de idiomas". En las fotos se percibe que la sombra de los muertos lo atormentaba, por lo que para impedir que enloqueciera, lo dejaban atado a un viejo castaño. Una foto lo muestra el día en que le llegó la muerte: "Cuando llegaron Úrsula y Amaranta todavía estaba atado de pies y manos al tronco del castaño, empapado de lluvia y en un estado de inconciencia total. Le hablaron, y él las miró sin reconocerlas y les dijo algo incomprensible".

Los daguerrotipos conservados de la abuela de las abuelas, muestra a Úrsula Iguarán inmóvil sobre un sillón, tan bella como menuda, y con una mirada más incrédula que presentida: "Activa, menuda severa, aquella mujer de nervios inquebrantables, a quien en ningún momento se la oyó cantar, parecía estar en todas partes desde el amanecer hasta muy entrada la noche, siempre perseguida por el suave susurro de sus pollerines de holán. Gracias a ella, los pisos de tierra golpeada, los rústicos muebles de madera contruidos por ellos mismos estaban siempre limpios, y los viejos arcones donde se guardaba la ropa exhalaban un tibio olor de albahaca". Ella muere casi ciega, a los ciento veinte años: "Amaneció muerta el jueves santo. La última vez que le habían ayudado a sacar la cuenta de su edad, por los tiempos de la compañía bananera, la había calculado entre ciento quince y los ciento veintidós años".

El álbum familiar de los Buendía ha conservado pocas fotos de Amaranta, la única hija mujer de José Arcadio y Úrsula, moza que era uno rato alegre y otro cruel: "Un jueves de enero, a las doce de la madrugada, nació Amaranta.

Antes de que nadie entrara al cuarto, Úrsula la examinó minuciosamente. Era liviana y acuosa como una lagartija, pero todas sus partes eran humanas”.

Únicamente se conservan siete fotografías de Rebeca Montiel, la hija adoptiva de Úrsula y José Arcadio. Quien llegó de otros horizontes. Comía tierra y cal cuando la desesperación la alcanzaba, a pesar de que se enamoró del refinamiento de Pietro Crespi y de que se entregó a José Arcadio, con tanta pasión que se convirtió en su esposa. “El domingo, en efecto llega Rebeca. No tenía más de once años. Había hecho el penoso viaje desde Manaure con unos traficantes de pieles que recibieron el encargo de entregarla junto con una carta en la casa de José Arcadio Buendía, pero que no pudieron explicar con precisión quién era la persona que les había pedido el favor”.

Hay pocas fotos infantiles y únicamente dos de juventud de José Arcadio, el primer hijo, todas lo muestran poco atrayente: “Tenía la cabeza cuadrada, el pelo hirsuto y el carácter voluntarioso de su padre. Aunque llevaba el mismo impulso de crecimiento y fortaleza física, ya desde entonces era evidente que carecía de imaginación”. Este segundo José Arcadio tuvo relaciones con Pilar Ternera, una mujer que leía las cartas y a quien dejó embarazada. Pronto se fugó con unos gitanos y regreso tras varios años, cuando terminó de dar la vuelta al mundo y de llenar su cuerpo de tatuajes. Llega a casarse con Rebeca.

El Buendía que más fotos tuvo fue Aureliano, el segundo hijo de José Arcadio Buendía y Úrsula Iguarán. Todos lo conocieron como el coronel Aureliano Buendía. Grandes fotos de su boda con Remedios Moscote y de quien pronto enviudó. “Aureliano es el primer ser humano que nació en Macondo [...] Era silencioso y retraído”. Hombre de intuición casi femenina: “Un día en que el pequeño Aureliano, a la edad de trece años, entró a la cocina en el momento en que ella retiraba del fogón y ponía en la mesa una olla de caldo hirviendo. El niño, perplejo en la puerta, dijo: Se va a caer. La olla estaba bien puesta en el centro de la mesa, pero tan pronto como el niño hizo el anuncio, inició un movimiento irrevocable hacia el borde, como impulsada por un dinamismo interior, y se desplazo en el suelo”. José Arcadio muere asesinado por unos niños.

Por desgracia no se conservaron fotografías de Melquíades, el verdadero mago, quien azoró a los habitantes de Macondo con lupas, imanes, brújulas y dentaduras postizas, pero sobretodo, con el hielo: “Era un fugitivo de cuantas plagas y catástrofes habían flagelado al género humano. Sobrevivió a la pelagra en Persia, al escorbuto en el archipiélago de Malasia, a la lepra en Alejandría, al beriberi en el Japón, a la peste bubónica en Madagascar, al terremoto de Sicilia y a un naufragio multitudinario en el estrecho de Magallanes. Aquel ser prodigioso que decía poseer las claves de Nostradamus, era un hombre lúgubre, envuelto en un aura triste, con una mirada asiática que parecía conocer el otro lado de las cosas”. Algunos cronistas afirman, como *Cide Hamete Benengeli*, que Melquíades fue quien llevó a Macondo el equipo fotográfico inicial. Otras fuentes, más autorizadas, niegan este hecho.

Más himno de libertad parecería *Cien años de soledad* que muchos de los himnos nacionales que intentaron ser guía de nuestros macondos recientemente independizados. Por más de cien años hemos cantado los himnos nacionales, pero cuando miramos los exiguos logros que conseguimos, tenemos que aceptar que ese primer siglo fue mayormente de soledad que de libertad. En el párrafo inicial de esta novela, se hace mención del doloroso arte de recordar:

"Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de *recordar* aquella tarde remota en que el padre lo llevó a ver el hielo". Aquellos que no recuerdan, repetirán sus errores. ¿Qué consuelo pudo tener Argentina con un triple clamor de libertad en su himno, si no puede olvidar todo el dolor que vivió en el siglo XIX?

Argentina,

*Oíd, mortales, el grito sagrado:  
Libertad, libertad, libertad.  
Oíd el ruido de rotas cadenas,  
ved en trono a la noble igualdad.  
Se levanta a la faz de la Tierra  
una nueva y gloriosa Nación,  
coronada su sien de laureles,  
y a sus plantas rendido un león.*

Los tres siglos de dominación española habían terminado con las guerras de independencia; sin embargo, quedaron vestigios de lo traído en los galeones. La novela *Cien años de soledad* relata un encuentro mágico: "Cuando despertaron, ya con el sol alto, se quedaron pasmados de fascinación. Frente a ellos, rodeado de helechos y palmeras, blanco y polvoriento en la silenciosa luz de la mañana, estaba un enorme galeón español. Ligeramente volteado a estribor, de su arboladura intacta colgaban las piltrafas escuálidas del velamen, entre jarcias adornadas de orquídeas. El casco, cubierto con una tersa coraza de rémora petrificada y musgo tierno, estaba firmemente enclavado en un suelo de piedras. Toda la estructura parecía ocupar un ámbito propio, un espacio de *soledad* y de olvido, vedado a los vicios del tiempo y a las costumbres de los pájaros". Hay un galeón varado en cada uno de los diecinueve países de nuestra América, las naves no pudieron tomar dirección contraria porque durante el siglo XIX Europa siguió conquistando América, aunque cantaran que Bolivia *es ya libre, ya libre este suelo, ya cesó su servil condición*:

Bolivia,

*Bolivianos: el hado propicio  
coronó nuestros votos y anhelo;  
es ya libre, ya libre este suelo,  
ya cesó su servil condición.  
Al estruendo marcial que ayer fuera  
y al clamor de la guerra horroroso  
siguen hoy, en contraste armonioso,  
dulces himnos de paz y de unión.*

Sufrimos por un siglo una soledad espantosa y de un silencio exasperado y nos hemos preguntado cómo llegamos a un abismo de desamparo que tantea las tinieblas, como dice *Cien años de soledad*. "Permaneció inmóvil un largo rato, preguntándose asombrado cómo había hecho para llegar a ese abismo de desamparo, cuando una mano con todos los dedos extendidos, que tanteaba en las tinieblas, le tropezó la cara. No se sorprendió, porque sin saberlo lo había estado esperando. Entonces se confió a aquella mano, y en un terrible estado de agotamiento se dejó llevar hasta un lugar sin formas donde le quitaron la

ropa y lo zarandearon como un costal de papas y lo voltearon al derecho y al revés, en una oscuridad insondable en la que le sobraban los brazos, donde ya no olía más a mujer, sino a amoníaco, y donde trataba de acordarse del rostro de ella y se encontraba con el rostro de Ursula, confusamente consciente de que estaba haciendo algo que desde hacia mucho tiempo deseaba que se pudiera hacer, pero que nunca se había imaginado que en realidad se pudiera hacer, sin saber cómo lo estaba haciendo porque no sabía dónde estaban los pies y dónde la cabeza, ni los pies de quién ni la cabeza de quién, y sintiendo que no podía resistir más el rumor glacial de sus riñones y el aire de sus tripas, y el miedo, y el ansia atolondrada de huir y al mismo tiempo de quedarse para siempre en aquel silencio exasperado y aquella *soledad* espantosa". La percepción de una soledad espantosa y de un silencio exasperado fue también de los chilenos, por más que juraran con palabras de bizarría la divisa de *triunfar o morir*.

Chile,

*Dulce Patria, recibe los votos  
con que Chile en tus aras juró  
que o la tumba serás de los libres  
o el asilo contra la opresión.  
Ciudadanos: el amor sagrado  
de la patria os convoca a la lid:  
libertad es el eco de alarma  
la divisa: triunfar o morir.  
El cadalso o la antigua cadena  
os presenta el soberbio español:  
arracad el puñal al tirano  
quebrantad ese cuello feroz.*

Logramos la independencia con tanto dolor. Aunque cesara la noche, la libertad sublime no derramó las auroras de su invencible luz. Aunque la muerte de los héroes nos dio la libertad, ellos no nos enseñaron los senderos que alejaban de la soledad. El colombiano Arcadio Buendía "promovió treinta y dos guerras y las perdió todas. Tuvo diecisiete hijos varones de diecisiete mujeres distintas, que fueron exterminados en una sola noche. Escapó a catorce atentados, a setenta y tres emboscadas y a un pelotón de fusilamiento [...] Se disparó un solo tiro de pistola en el pecho y el proyectil le salió por la espalda sin lastimar ningún centro vital". Pero no nos enseñó cómo salir del laberinto del siglo solitario para alcanzar que *la libertad sublime* derramara *las auroras de su invencible luz*, como pregona el himno colombiano.

Colombia,

*¡Cesó la horrible noche! La libertad sublime  
derrama las auroras de su invencible luz.  
La humanidad entera, que entre cadenas gime,  
comprende las palabras del que murió en la cruz.*

La fraternidad debiera ser el sentimiento patriótico por antonomasia de la América nuestra. ¿Cómo identificarnos con *el sufrimiento y el gozo del hermano*? "Al principio el pequeño Aureliano sólo comprendía el riesgo, la inmensa



posibilidad de peligro que implicaban las aventuras de su hermano, pero no lograba concebir la fascinación del objetivo. Poco a poco se fue contaminando de ansiedad. Se hacía contar las minuciosas peripecias, se identificaba con el sufrimiento y el gozo del hermano, se sentía asustado y feliz. Lo esperaba despierto hasta el amanecer, en la cama solitaria que parecía tener una estera de brasas, y seguían hablando sin sueño hasta la hora de levantarse, de modo que muy pronto padecieron ambos la misma somnolencia, sintieron el mismo desprecio por la alquimia y la sabiduría de su padre, y se refugiaron en la *soledad*. ¿Qué soledad puede ser más grande que la de ser hermanos de diecinueve pueblos y no poder descubrir la verdadera fraternidad?

Costa Rica,

*Noble patria tu hermosa bandera  
expresión de tu vida nos da:  
bajo el límpido azul de tu cielo  
blanca y pura descansa la paz.  
En la lucha tenaz de fecunda labor  
que enrojece del hombre la faz,  
conquistaron tus hijos, labriegos sencillos,  
eterno prestigio, estima y honor,  
eterno prestigio, estima y honor.*

No hemos sabido cómo escribir nuestra historia ni cómo ordenar los hechos en el tiempo. Tuvimos el mismo problema del cronista Melquíades: "Radicalaba en que Melquíades no había ordenado los hechos en el tiempo convencional de los hombres, sino que concentró un siglo de episodios cotidianos, de modo que todos coexistieran en un instante". ¿Cómo escribir una historia instantánea y eterna? En el siglo XIX tuvimos una historia sin historia, arábamos la tierra y sembramos las semillas libertarias, pero éstas no fructificaron, los espíritus estaban secos y cansados, tanto que para muchos *morir por la patria* no era *vivir*.

Cuba

*Al combate corred bayameses,  
que la patria os contempla orgullosa.  
No temáis una muerte gloriosa  
que morir por la patria es vivir!  
En cadenas vivir, es vivir.  
En afrenta y oprobio sumido.  
Del clarín escuchad el sonido,  
a las armas valientes corred!  
No temáis los feroces Iberos.  
Son cobardes cual todo Tirano  
¡No resisten al bravo Cubano  
para siempre su imperio cayó!*

La muerte de nuestros libertadores no fue libertaria aunque su sombra gloriosa nos mirara durante todo un siglo preguntando por qué su sacrificio había servido de tan poco. Morir por un país no ha sido sinónimo de construir ese país. "Poco después cuando el carpintero tomaba las medidas para el ata-

úd, vieron a través de la ventana que estaba cayendo una llovizna de minúsculas flores amarillas". Cuando nos hallamos libres en el siglo XIX, en lugar de construir juntos un futuro, comenzamos a matarnos unos a otros con guerras intestinas y con luchas fratricidas que nos imposibilitaban para soñar países en donde llovieran *flores amarillas*.

Ecuador,

*Nadie, oh Patria, lo intente. Las sombras  
de tus héroes gloriosos nos miran,  
y el valor y el orgullo que inspiran  
son augurios de triunfos por ti.  
Venga el hierro y el plomo fulmíneo,  
que a la idea de guerra y venganza  
se despierta la heroica pujanza  
que hizo al fiero español sucumbir.*

Hemos sentido el hermetismo y la hostilidad entre nosotros, y con rencor hemos comprendido que la libertad por sí sola no conduce a la fraternidad, por eso los salvadoreños cantan: *fue obtenerla su eterno problema y conservarla es su gloria mayor*. ¿Podría un himno inspirar una mayor apertura y un apego amistoso entre nosotros? "Habla perdido su antigua espontaneidad. De cómplice y comunicativo se hizo hermético y hostil. Ansioso de *soledad*, mordido por un virulento rencor contra el mundo, una noche abandonó la cama como de costumbre". Los salvadoreños *ansiosos de soledad* quisieron escribir con sangre en su bandera la palabra salvadora: *Libertad*.

El Salvador,

*De la paz en la dicha suprema,  
siempre noble soñó El Salvador;  
fue obtenerla su eterno problema,  
conservarla es su gloria mayor.  
Y con fe inquebrantable el camino  
del progreso se afana en seguir  
por llenar su grandioso destino,  
conquistarse un feliz porvenir.  
Le protege una férrea barrera  
contra el choque de ruin deslealtad,  
desde el día que en su alta bandera  
con su sangre escribió: ¡Libertad!*

La huelga bananera de Macondo pudo convertirse en el himno de todas las huelgas de la América nuestra: "La ley marcial facultaba al ejército para asumir funciones árbitro de la controversia, pero no se hizo ninguna tentativa de conciliación. Tan pronto como se exhibieron en Macondo, los soldados pusieron a un lado los fusiles, cortaron y embarcaron al banano y movilizaron los trenes. Los trabajadores, que hasta entonces se habían conformado con esperar, se echaron al monte sin más armas que sus machetes de labor, y empezaron a sabotear el sabotaje. Incendiaron fincas y comisariatos, destruyeron los rieles para impedir el tránsito de los trenes que empezaban a abrirse paso con fuego de ametralladoras, y cortaron los alambres del telégrafo y el teléfono. Las

acequias se tiñeron de sangre.” Guatemala es el macondo que más ha tardado en superar los cien años de soledad. Muchas de sus acequias fueron teñidas con sangre, por eso es el país más sufrido de *Nuestra América*, a pesar de que su himno canta una Guatemala feliz:

Guatemala,

*Guatemala feliz... ya tus aras  
no ensangrienta feroz el verdugo:  
ni hay cobardes que laman el yugo  
ni tiranos que escupan tu faz.  
Si mañana tu suelo sagrado  
lo profana invasión extranjera  
tinta en sangre tu hermosa bandera  
de mortaja al audaz servirá.*

La nómina de los muertos nuestros ha sido infinita. Es lo único nuestro medible con esta palabra. Los muertos por la guerra fueron muchos, pero los muertos por la soledad fueron incontables:

“— Debían ser como tres mil —murmuró.

— ¿Qué?

— Los muertos —aclaró él—. Debían ser todos los que estaban en la estación.

La mujer lo midió con una mirada de lástima. ‘Aquí no ha habido muertos —dijo—. Desde los tiempos de tu tío, el coronel no ha pasado nada en Macondo’. En tres cocinas donde se detuvo José Arcadio Segundo antes de llegar a la casa le dijeron lo mismo: — No hubo muertos’. Pasó por la plazuela de la estación, y vio las mesas de fritangas amontonadas una encima de otra, y tampoco allí encontró rastro alguno de la masacre. Las calles estaban desiertas bajo la lluvia tenaz y las casas cerradas, sin vestigios de vida interior. La única noticia humana era el primer toque para misa”.

Si hiciéramos un panteón para honrar a todos aquellos que murieron por soledad en su busca de la libertad, habría que construir un monumento que abarcara desde la frontera mexicana de Nuevo Laredo hasta el faro del fin del mundo.

Deberíamos haber construido una atalaya para otear y comprender el mundo de los indígenas. El himno hondureño canta a la madre indígena y al padre español y a la consagración del beso en el mestizaje. Es el único himno nuestro que menciona a la mujer:

Honduras,

*India virgen y hermosa dormías  
de tus mares al canto sonoro,  
cuando echada en tus cuencas de oro  
el audaz navegante te halló;  
y al mirar tu belleza extasiado,  
al influjo ideal de tu encanto,  
la orla azul de tu espléndido manto  
con su beso de amor consagró.*

La conquista no terminó con las guerras de independencia. Europa siguió conquistando nuestra América durante el siglo calificado de *cien años de soledad*. "Lo único que logró desenterrar fue una armadura del siglo XV con todas sus partes soldadas por un cascote de óxido, cuyo interior tenía la resonancia hueca de un enorme calabazo lleno de piedras. Cuando José Arcadio Buendía y los cuatro hombres de su expedición lograron desarticular la armadura, encontraron dentro un esqueleto calcificado que llevaba colgado en el cuello un relicario de cobre con un rizo de mujer". Todo nuestro territorio está sembrado de armaduras, de recuerdos de los tres siglos del imperio español. ¿Sería nuestro destino escrito por el dedo de Dios, como lo afirma el himno mexicano?

México,

*Mexicanos al grito de guerra  
el acero aprestad y el bridón.  
Y retiemble en sus centros la tierra,  
al sonoro rugir del cañón.  
Ciña ¡oh Patria! tus sienes de oliva  
de la paz el arcángel divino,  
que en el cielo tu eterno destino  
por el dedo de Dios se escribió.  
Mas si osare un extraño enemigo  
profanar con su planta tu suelo,  
piensa ¡oh Patria querida! que el cielo  
un soldado en cada hijo te dio.*

Los macondos nuestros nacieron pequeñines y sobrevivieron precarios durante los cien años de soledad. "Macondo era entonces una aldea de veinte casas de barro y cañabrava construidas a la orilla de un río de aguas diáfanas que se precipitaban por un lecho de piedras pulidas, blancas y enormes como huevos prehistóricos".

El máximo sentimiento de soledad que pudieron tener nuestros tatarabuelos nace de saberse fundadores del paraíso y comprender que ya no era suyo, *a pesar de que ya no ruge la voz del cañón.*

Nicaragua,

*¡Salve a ti, Nicaragua! En tu suelo  
ya no ruge la voz del cañón  
ni se tiñe con sangre de hermanos  
tu glorioso pendón bicolor.  
Brille hermosa la paz en tu cielo  
nada empañe tu gloria inmortal  
que el trabajo es tu digno laurel  
y el honor es tu enseña triunfal.*

El portentoso hielo presentado al inicio de *Cien años de soledad* es metáfora de la portentosa soledad provocada por nuestro deseo de ser libres y no poder serlo:

“Desconcertado, sabiendo que los niños esperaban una explicación inmediata, José Arcadio Buendía se atrevió a murmurar:

— Es el diamante más grande del mundo.

— No —corrigió el gitano—. Es hielo.

José Arcadio Buendía, sin entender, extendió la mano hacia el tímpano, pero el gigante se la apartó. ‘Cinco reales más para tocarlo’, dijo. José Arcadio Buendía los pagó, y entonces puso la mano sobre el hielo, y la mantuvo puesta por varios minutos, mientras el corazón se le hinchaba de temor y de júbilo al contacto del misterio [...] Pagó otros cinco reales, y con la mano puesta en el tímpano, como expresando un testimonio sobre el texto sagrado, exclamó:

— Este es el gran invento de nuestro tiempo”.

El azoro ante el hielo no fue mayor que el azoro frente al riesgo de ser libres. Y cuando fuimos libres, no supimos qué hacer con la libertad lograda; por eso construimos tímpanos de hielo disfraternales en nuestras ciudades.

Si nuestros antepasados alcanzaron *por fin la victoria* y se iluminaron nuevas naciones, como canta el himno panameño, ¿por qué nuestros abuelos sintieron tanta soledad?:

Panamá,

*Alcanzamos por fin la victoria  
en el campo feliz de la unión;  
con ardientes fulgores de gloria  
se ilumina la nueva nación.  
es preciso cubrir con un velo  
el pasado el calvario y la cruz;  
y que adorne el azul de tu cielo  
de concordia la esplendida luz.*

Nuestras democracias, acaso por su reciente fundación, llegaron a gozar de la libertad, pero nunca de la igualdad, ni menos de la fraternidad.

Para construir una democracia se requiere la clarividencia para ver lo invisible, tuvimos que desarrollar los cinco sentidos de Aureliano Buendía: “Aureliano apareció vestido de terciopelo negro entre Amaranta y Rebeca tenía la languidez y la misma *mirada clarividente* que había de tener años más tarde frente al pelotón de fusilamiento”. La muerte persigue al héroe hasta que lo ejecuta, ¿sería necesario segar tantas vidas para construir verdaderas democracias? Aunque los paraguayos cantan *república o muerte*, ni ellos ni nosotros supimos cómo construir una república:

Paraguay,

*Paraguayos, ¡República o Muerte!  
nuestro brío nos dio libertad;  
ni opresores, ni siervos alientan  
donde reina unión e igualdad.  
A los pueblos de América, infausto  
tres centurias un cetro oprimió,*

*más un día soberbia surgiendo,  
"¡Basta!" —dijo, y el cetro rompió.  
Nuestros padres, lidiando grandiosos,  
ilustraron su gloria marcial;  
y trozada la augusta diadema,  
enalzaron el gorro triunfal.*

Puerto Rico es un macondo equivocado, trágico debió ser el sentirse un *ariel* borinqueño y verse obligado a convertirse en *caribal*. Más afortunados fueron otros macondos. "En pocos años, Macondo fue la aldea más ordenada y laboriosa que cualquiera de las conocidas hasta entonces por sus 300 habitantes. Era de verdad una aldea feliz, donde nadie era mayor de treinta años y donde nadie había muerto". ¿Cuándo se sentirá Puerto Rico como una aldea verdaderamente feliz?

Puerto Rico

*¡Despierta, borinqueño  
que han dado la señal!  
¡Despierta de ese sueño  
que es hora de luchar!  
A ese llamar patriótico  
¿no arde tu corazón?  
¡Ven! Nos será simpático  
el ruido del cañón.  
Mira, ya el cubano  
libre será;  
le dará el machete  
su libertad...  
le dará el machete  
su libertad.*

En el siglo XIX, nuestra historia fue una crónica de la reincidencia de todos nuestros infortunios. "Que la historia de la familia era un engranaje de repeticiones irreparables, una rueda giratoria que hubiera seguido dando vueltas hasta la eternidad de no haber sido por el desgaste progresivo e irremediable del eje". Fue un siglo de soledad con el eje, día con día, más desgastado. Bolívar salvó los abismos y San Martín coronó la altitud, pero no muchos más hicieron algo durante los cien años de soledad:

Perú,

*Si Bolívar salvó los abismos  
San Martín coronó la altitud;  
y en la historia de América se unen  
como se unen arrojo y virtud.  
Por su emblema sagrado la Patria  
tendrá siempre, en altares de luz  
cual si fuesen dos rayos de gloria,  
dos espadas formando una cruz.*

El Caribe ha sido muchas veces un macondo desacertado. "Macondo estaba en ruinas. En los pantanos de las calles quedaban muebles despedazados, esqueletos de animales cubiertos de tiros colorados, últimos recuerdos de las hordas de advenedizos que se fugaron de Macondo tan atolondradamente como habían llegado". ¿Qué ha quedado del macondo dominicano? Una de las primeras tierras de la América nuestra en querer ser libre, fue una de las últimas en emigrar fuera del dominio de la soledad.

República Dominicana

*Quisqueyanos valientes, alcemos  
nuestro canto con viva emoción,  
Y del mundo a la faz ostentemos  
nuestro invicto glorioso pendón.  
Salve el pueblo que intrépido y fuerte,  
a la guerra a morir se lanzó  
cuando en bélico reto de muerte  
sus cadenas de esclavo rompió.*

¿Cuál sería la reacción de los que sufrieron las invasiones inglesas a la América nuestra? "Cuando el pirata Francis Drake asaltó a Riohacha, en el siglo XVI, la bisabuela de Úrsula Iguarán se asustó tanto con el toque de rebato y el estampido de los cañones, que perdió el control de los nervios y se sentó en un fogón encendido. Las quemaduras la dejaron convertida en una esposa inútil para toda la vida [...] Su marido, un comerciante aragonés con quien tenía dos hijos, se gastó media tienda en medicinas y entretenimientos buscando la manera de aliviar sus terrores. Por último liquidó el negocio y llevó la familia a vivir lejos del mar, en una ranchería de indios pacíficos situada en las estribaciones de la sierra, donde le construyó a su mujer un dormitorio sin ventanas para que no tuvieran por donde entrar los piratas de sus pesadillas". La abuela universal de todos los *nostramericanos* no pudo aceptar a los piratas ingleses. Hay que reconocer que los ingleses siempre quisieron apoderarse de la América nuestra, sobre todo de Argentina y de Uruguay:

Uruguay

*Orientales la Patria o la Tumba.  
Libertad o con gloria morir.  
Es el voto que el alma pronuncia,  
y que heroicos sabremos cumplir.  
¡Libertad, libertad Orientales!  
Ese grito a la Patria salvó  
que a sus bravos en fieras batallas  
de entusiasmo sublime inflamó.  
De este don sacrosanto la gloria  
Merecimos tiranos temblad.  
Libertad en la lid clamaremos,  
y muriendo, también libertad.*

Macondo no fue un paraíso bíblico ni fue fundado entre dos ríos caudalosos. "Macondo era ya un pavoroso remolino de polvo y escombros". Los ma-

condos venezolanos han luchado por ya no vivir en el siglo de la soledad y con serias dificultades han cruzado el umbral de la libertad:

Venezuela

*Gloria al Bravo Pueblo  
que el yugo lanzó,  
la ley respetando  
la virtud y honor.  
Gloria al Bravo Pueblo  
que el yugo lanzó,  
la ley respetando  
la virtud y honor.*

*Cien años de soledad* es más himno *nostramericano* que los diecinueve himnos escritos y musicalizados en nuestros países cuando logramos la independencia. Sin embargo, el último párrafo de esta novela no es tan promisorio porque no hace votos por el mejor los futuros de la América nuestra:

Sin embargo, antes de llegar al verso final ya había comprendido que no saldría jamás de ese cuarto, pues estaba previsto que la ciudad de los espejos (o espejismos) sería arrasada por el viento y desterrada de la memoria de los hombres y en el instante en que Aureliano Babilonia acaba de descifrar los pergaminos y todo lo escrito en ellos era irreplicable desde siempre y para siempre, porque las estirpes condenadas a cien años de *soledad* no tenían una segunda oportunidad sobre la tierra.

Estas palabras clausuran los cien años de soledad de la familia Buendía, una estirpe tan deshabitada de sí misma que hasta su apellido puede ser interpretado como una trágica ironía. En este párrafo de cierre, tanto Aureliano Babilonia como el narrador anteriormente omnisciente han quedado atrapados porque nadie podrá salir de ese espacio. En contraposición, los *nostramericanos* hemos tenido una segunda oportunidad al lograr escapar de los cien años de soledad con un el periodo de libertad que inició Martí con su profético ensayo y que continúa vigente en el cambio de milenio.

*El general en su laberinto* es una novela que relata los últimos meses de la vida de Simón Bolívar, desde principios del año 1830 hasta el 17 de diciembre, fecha de la muerte de Bolívar en la ciudad de Santa Marta. Bien es sabido que Bolívar construyó los cimientos de una América nuestra, pero las nuevas tierras libertadas no llegaron a ser unidas, ni a vivir con la fraternidad mandada por nuestras constituciones. Si sumamos sus triunfos y nombramos a sus pocos amigos y a su caballo Palomo blanco, comprenderemos que Bolívar vivió una existencia que calificamos de gloriosa, pero también la valoraríamos de sombría, si enumeramos las traiciones y contamos los desengaños. El que podría ser llamado nuestro máximo soñador creyó cimentar la Gran Colombia con rocas firmes, pero sus enemigos las pulverizaron hasta convertirlas en polvillo mortuorio: "Lo acusaban de ser el promotor oculto de la desobediencia militar, en un intento tardío de recuperar el poder que el congreso le había quitado por voto unánime al cabo de doce años de ejercicio continuo. Lo acusaban de querer la presiden-



cia vitalicia para dejar en su lugar a un príncipe europeo”, apunta la novela. Colombia afrontaba momentos de una severa crisis política, no querían a Bolívar en su país, lo acusaban de dictador y hasta intentaron matarlo. Los murmullos se convirtieron en aullidos favorecidos por una noticia infundada: “Su enemigo principal había hecho suyo el rumor de que su enfermedad incierta pregonada con tanto ruido, y los alardes machacones de que se iba, eran simples artimañas políticas para que le rogaran que no se fuera”.

A Bolívar le interesaba el continente unido pero también salvar la dignidad de cada uno de los nuestros. Lo prueba la anécdota de cómo José Laurencio Silva, un oficial de Bolívar, fue rechazado por ser mestizo en un baile lugareño por una dama aristócrata y Bolívar se indignó y “pidió entonces que repitieran el valse, y lo bailó con él”. Unas palabras que García Márquez pone en boca de Bolívar referidas a Santander, quien estaba en contra de Bolívar y llegó a ser presidente de Colombia tras su muerte, bien pudieran ser válidas para todos aquellos que vivieron ese siglo de soledad: “No pudo asimilar nunca la idea de que este continente fuera un sólo país”.

Nadie más soñó el sueño de Bolívar. Aquel General que amaba los caballos, los perros y las flores, llegó al día de su muerte: “Examinó el aposento con la clarividencia de sus vísperas, y por primera vez vio la verdad: la última cama prestada, el tocador de lástima cuyo turbio espejo de paciencia no lo volverá a repetir, el aguamanil de porcelana descarchada con el agua y la toalla y el jabón para otras manos, la prisa sin corazón del reloj octogonal desbocado hacia la cita ineluctable del 17 de diciembre a la una y siete minutos de su tarde final. Entonces cruzó los brazos contra el pecho y empezó a oír las voces radiantes de los esclavos cantando la salve de las seis en los trapiches, y vio por la ventana el diamante de Venus en el cielo que se iba para siempre, las nieves eternas, la enredadera nueva cuyas campánulas amarillas no vería florecer el sábado siguiente en la casa cerrada por el duelo, los últimos fulgores de la vida que nunca más, por los siglos de los siglos, volvería a repetirse”. Su muerte fue temprana y no sirvió de nada. “Siempre tuvo a la muerte como riesgo profesional sin remedio. Había hecho todas sus guerras en la línea de peligro, sin sufrir ni un rasguño, y se movía en medio del fuego contrario con una serenidad tan insensata que hasta sus oficiales se conformaron con la explicación fácil de que se creía invulnerable”, nos dice la novela.

La soledad de los grandes, como Bolívar — quien esperaba libertad y sólo logró anarquía— está unida a la soledad de los pequeños, como aquellos que esperaban amor y no lo conseguían, como la Sierva María y el sacerdote Cayetano Delaura, en la crónica *Del amor y otros demonios*, de García Márquez. Otros esperaban cartas de esperanza, como el Coronel que no tenía quien le escribiera y quien nunca recibió la tan ansiada misiva que contuviera su pensión, mientras pasaban los años, y el Coronel y su familia se sumergían en el quebranto.

Cuando se ha querido tipificar el prototipo humano de una época, se ha recurrido a aquellos seres de excepción que personifican cada época. El *señor Barroco* es el sujeto cultural de los siglos XVI y XVII de la Nueva España y del resto del Imperio Español en América; según la apreciación del escritor cubano José Lezama Lima, don Carlos de Sigüenza y Góngora es la figura barroca por antonomasia (pp. 81-4). Como *señor Independencia* pudieran ser citados mu-

chos nombres preclaros, pero ninguno como Simón Rodríguez, el maestro y mentor de Bolívar. Juntos subieron al Monte Sacro en Roma, y en ese sitio Bolívar hizo su juramento libertario: "Juro delante de usted. Juro por el Dios de mis padres. Juro por ellos. Juro por mi honor. Y juro por mi patria, que no daré descanso a mi brazo, ni reposo a mi alma, hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español".<sup>1</sup> Únicamente otro personaje podría competir con tal loable sujeto cultural: fray Servando Teresa de Mier, el ideólogo mexicano que sobrevivió a los héroes de la Independencia mexicana y vivió varios años en el México liberal hasta su muerte en 1827. Escoger como *Señor Independencia* a uno o al otro, no sería hacer mengua a ninguno, porque ambos se conocieron en Europa y juntos abrieron en 1801 una academia para la enseñanza de la lengua española en París, actividad que parecería imposible en los años terribles que siguieron a la revolución francesa. Por cuántas horas hablarían este par de parlanchines, gastarían palabras sobre luchas no iniciadas y batallas aún por ganar. Su utópica ensoñación era forjar un rosario de repúblicas mientras enseñaban castellano a unos pocos incautos parisinos.

Los cien años de soledad de nuestra historia parten de las guerras de independencia, como antes fue precisado, y van hasta la segunda década del nuevo siglo. Cuando Martí abre los nuevos cien años de libertad con la publicación de su ensayo *Nuestra América*, los cien años de soledad ya llevaban consumidos más de ocho décadas sufrientes. Ambas temporalidades se entrecruzan: mientras unos hermanos nuestros siguieron sufriendo destinos solitarios, un nuevo siglo de logros había sido abierto para otros. En las dos décadas primeras del siglo XX, las dos etapas coincidieron; después la libertad eclipsó a la soledad. La estafeta libertaria que no logró llevar plenamente Bolívar, fue retomada por Martí y por sus descendientes, hubo cambio de mano pero no de raíz, por las nuevas ramas se deslizaba la misma sabia libertaria.

## II Cien años de libertad

La historia europea registra que el siglo XIX se alargó sobre el siglo XX, fue la época de los valeses y de la bohemia parisina. La gran guerra mundial cerró el viejo siglo extemporáneamente en 1914 en la Europa central, pero en otros territorios el nuevo siglo había iniciado con la revolución mexicana en 1910 y la rusa, en 1917. La primera conflagración mundial, abrió a los estadounidenses el umbral para su ingreso a la historia universal, antes los *calibanes* habían habitado en un país cerrado. Por su parte, la América nuestra ingresó a la historia global hasta la segunda guerra mundial. Es decir, nacimos a la historia universal cuando se perdió la segunda guerra mundial. Martí escribió palabras sabias que nos ayudan a entender nuestra historia: "Ni ¿en qué patria puede tener un hombre más orgullo que en nuestras repúblicas dolorosas de América, levantadas entre las masas mudas de indios, al ruido de pelea del libro con el cirial, sobre los brazos sangrientos de un centenar de apóstoles? De factores tan descompuestos, jamás, en menos tiempo histórico, se han creado naciones tan adelantadas y compactas".

En la narrativa de García Márquez está guardado una colección de álbumes con retratos de la familia hispano americana que vivió de la última década

del siglo XIX y el siguiente siglo, periodo que es calificado por el presente ensayo de cien años de libertad. Sus álbumes presentan fotos amarillentas de abuelas, fotos pinceladas de madres y fotos multicolores de hijas. Hojear este álbum es recordar a la familia *nostramericana*, fuera o no la propia: Transbisabuelos, tatarabuelos, bisabuelos, abuelos, padres e hijos, junto a hijas, madres, abuelas, bisabuelas, tatarabuelas y tercerabuelas, y así hasta llegar a la Abuela Universal. A nuestro fotógrafo de marras lo llamamos familiarmente Obag. Primero se escondió tras viejas cámaras con tripeé para ocultar que era un simple aprendiz; después utilizó cámaras con película blanco y negro para impresiones en papel a base de emulsión de sales de plata; luego filmó cine mudo y, más tarde, prosiguió con cine parlante. Al final del siglo XX el mundo de la fotografía vitoreó la llegada de las imágenes virtuales. Las imágenes garciamarquianas guardan retratos de todo un siglo:<sup>2</sup>

- Fotografías amarillentas de Florentino Ariza y de Fermina Daza, quienes vivieron una historia de amor y desamor en los tiempos de la epidemia del cólera.
- Fotos de prensa de naufragos en el mar o en la vida, como aquél llamado Luis Alejandro Velasco, quien permaneció varado por diez días hasta que fue salvado por los habitantes de una aldea cercana al mar.
- Pequeñas fotos de mujeres, como María dos Prazeres, quien por un sueño estaba segura de que iba a morir antes de la navidad pero que vivió una peripecia diferente, como fue narrada en los cuentos peregrinos.
- Fotos en negro y blanco de hombres, como Margarito Duarte, quien viajó hasta al Vaticano para pedirle al Papa la canonización de su hija muerta, cuyo cadáver se negaba a ser comido por los gusanos y que despedía un olor a rosas.
- Fotos de pasaporte de pasajeros en aviones en donde viajan bellas durmientes.
- Enormes fotografías de Mamá grande ya difunta y de otras parientes que merecieron funerales descomunales, sólo porque fueron soberanas absolutas del mundo y fallecieron en olor de santidad a los noventa y pico de años, tras haber conservado su virginidad, unas toda su vida y otras un poquito menos.
- Fotos publicitarias de presidentes y sumos pontífices que acuden a enteramientos, junto con guajiros, contrabandistas, arroceros, prostitutas, hechiceros y bananeros.
- Estampas de lugares como Macondo, en donde llueve, no a cántaros, sino a cubetazos, y en donde las doncellas, se llamen o no Isabel, no comprenden la razón de pasar sus vidas sin oír ni ver otro acontecer más que la lluvia.

- Con fotos de abuelas desalmadas, según el desazonado parecer de sus nietas, llámense éstas o no, Eréndira.
- Pequeñas polaroid de animales que tienen habilidades mágicas, como los ojos de perro azul y las omnipresentes mariposas que vuelan siguiendo conjuros impronunciados que las convierten en lluvia.
- Impresos que avisan recompensas a pueblos poblados de ladrones, o en otros en donde se duerme la siesta cualquier día y no únicamente los martes.
- Efigies de hombres como Blacamás, el buen vendedor de milagros, o como Baltazar, quien vivía tardes prodigiosas.
- Grandes fotos de señores muy viejos con alas enormes.
- Retratos de boda de viudas que honrosamente llevan o no el nombre de Montiel.
- Fotos forenses de ahogados que pudieran ser los más hermosos del mundo.
- Fotografías de propaganda de senadores como Onésimo Sánchez, a quien le faltaban seis meses y once días para morir cuando encontró a la mujer de su vida.
- Retratos con amorosa dedicatoria de mujeres, como Clotilde Armenta, quien exclamó de pronto: "¡Dios mío, qué solas estamos las mujeres en el mundo!"
- Notas rojas de muertes anunciadas, llámense o no la víctima Santiago Nassar.
- Fotos de archivo policial de secuestros no anunciados, como el de Maruja Pachón, y de las búsquedas sí anunciadas, como la de su esposo Alberto Villamizar.
- Rostros felices, como el de Nena Daconte, quien murió desangrada al espinarse con una rosa, y rostros tristes, como el del marido Billy Sánchez de Avila, quien llegó a ser su viudo prematuro.
- Fotos de playa de mujeres peregrinas, como María de la Luz Cervantes, quien demostró que una búsqueda cuerda, por ejemplo de un teléfono, puede conducir al manicomio.

- Imágenes de plazas con prostitutas, unas tristes y otras no tanto, como Rosa Cabarcas, la dueña de una casa clandestina, quien no creía en la pureza de principios de sus clientes.
- Álbumes con imágenes de "Poetas y mendigos, músicos y profetas, guerreros y malandrines, todas las criaturas de aquella realidad desafortada" (*La soledad de América Latina*).
- Escapularios con imágenes de niñas magas, como María de las Estrellas, quien escribía cuentos de la nada y cuya familia fue acusada de robar las joyas de la Virgen.
- Fotos de prensa de naufragos en tierra firme, como el balserito Elián González, casi ahogado por la operación Peter Pan.

Todos estos retratos fueron tomados de hombres y mujeres reales, humanos que sin tener madera de héroe, sobrevivieron tiempos heroicos; humanos que no se liberaron generacionalmente, sino de uno por uno y a deshoras. Con esta humanidad común se construyeron los cien años de libertad, pasito a pasito, con crónicas que fueron anunciadas y con fotografías tomadas con la retina del afamado fotógrafo llamado Obag.

A partir de 1960, este siglo nuestro de la libertad incluyó el advenimiento de un fenómeno inusitado: la aparición de escritores, críticos y, algo raro en nuestra historia, de lectores. Este descubrimiento de una forma nueva de libertad, fue conocido como el *boom* de la nueva literatura Hispanoamericana. Los lectores no sólo ponían sus ojos sobre cada una de las líneas sino que se convertían en lectores cómplice con enormes alas. Las palabras estaban escritas de tal forma que podían escucharse como dichas en diversos lugares y por personas de muy diversa índole. No sólo hablaba el cuentero al que llaman narrador, sino que había "hablantes" simultáneos que calificaban los sabihondos de poliglosia. Palabras más o palabras menos, se escribió de lo imposible y de lo fantástico con la total ruptura de la realidad. Quienes no entendían de esto, lo calificaban de realismo mágico; los que sí comprendían, de retrato realista. Era contar todo y de una buena vez, con la ficción total que mentía sin decir la verdad y la mentira poética que decía la verdad mintiendo. La fantasía y la imaginación se volvieron el pan nuestro de cada día.

Afirman las crónicas que todas estas dictaduras contaron con el beneplácito del país de los *caribales*, bajo cuya bandera han llevado a cabo descomunales estragos. Como antecedente de las dictaduras latinoamericanas, García Márquez ha escrito dos textos esclarecedores: *Crónica de una tragedia organizada*, artículo que testifica que tres generales del Pentágono cenaron con cuatro militares chilenos en una casa de los suburbios de Washington en 1969. El anfitrión era el entonces coronel Gerardo López Angulo, agregado aéreo de la misión militar de Chile en los Estados Unidos, y los invitados chilenos eran sus colegas de las otras armas. Además, *Memorias de la Revolución*, un artículo de prensa que recuerda el clima social y político bajo la dictadura de Batista, meses antes de

la llegada de Fidel Castro al poder en 1959. Aracatacas equivocadas que prefirieron más el hedor de *Calibán* que la espiritualidad de *Ariel*. Las tres últimas dictaduras en la América nuestra han sido:

- La dictadura uruguaya que duró doce años, del 27 de junio de 1973 al 1 de marzo de 1985, día en que retornaron los civiles con la asunción de Julio María Sanguinetti, cuya presencia y pluma trajeron savia nueva a la naciente democracia con la liberación del temor y la impaciencia: "Democracia es dignidad. No hagamos de ella soberbia, sino amplio árbol de tolerancia bajo cuya sombra siempre podrán cosechar los que sembraron. Todavía, felizmente, ésta es una empresa que nos sigue convocando. La democracia sigue siendo el más revolucionario de los principios y la libertad la más humana de las ideas" (p.102).
- La dictadura argentina duró siete años, del 24 de marzo de 1976 al 10 de diciembre de 1983, con treinta mil desaparecidos. En defensa de la libertad salió un escritor colombiano con una carta: "El escritor colombiano Gabriel García Márquez envió ayer una carta abierta a *El País*, dirigida a su colega argentino Manuel Mujica Láinez [...] La carta del señor García Márquez se refiere a unas manifestaciones que Manuel Mujica Láinez hizo ayer al diario *La Vanguardia*. Dice Manuel Mujica Láinez en la breve entrevista que publicó el mencionado diario: 'Estamos allí muy tranquilos. Estamos todos: Borges, Sábato, Silvina Ocampo, Bioy Casares... Todos los grandes. Nada nos hubiera costado ir a París como los reprimidos de otros países. Nadie nos lo impide. Nos dan el pasaporte en cuanto lo pidamos'. En una carta abierta, García Márquez le increpa a Mujica Láinez: 'Si interpretamos bien sus palabras, hay que entender que sólo ustedes, los escritores grandes, están muy tranquilos en la Argentina. Sin embargo, hay dos que yo considero muy grandes y que, sin embargo, no están tan tranquilos como ustedes. Me refiero a Rodolfo Walsh y Haroldo Conti, que hace ya varios años fueron secuestrados en sus domicilios por patrullas de la represión oficial y que nunca más se ha sabido de ellos. Usted y todos los escritores grandes que cita serían todavía mucho más grandes si sacrificaran un poco de su tranquilidad y su grandeza y le pidieran al Gobierno argentino un par de esos pasaportes tan fáciles, para Rodolfo Walsh y Haroldo Conti'" (*Carta abierta a Mujica Láinez*).
- La dictadura chilena permaneció por casi diecisiete años, del 11 de septiembre de 1973 al 11 de marzo de 1990. Esta dictadura fue la más duradera, a pesar de que cuando fue el golpe, Pablo Neruda todavía vivía, Gonzalo Rojas era Embajador chileno en Cuba y el crítico Fernando Alegría observaba tras las barricadas. Miles de muertos y miles de desaparecidos. A las 9:10 de la mañana del día de su muerte, Allende profetizó nuestra libertad: "Sigan ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor". Sobre el tema de la dictadura chilena, García Márquez escribió *Chile, el golpe y los gringos* en 1974.

Tras de la caída de las dictaduras, estos tres países han construido el puente que los conduce hacia la democracia, porque la humanidad sigue avanzando por el camino de la libertad, como lo vaticinara Allende: "En nombre de los más sagrados intereses del pueblo, en nombre de la Patria, los llamo a ustedes para decirles que tengan fe. La historia no se detiene ni con la represión ni con el crimen. Esta es una etapa que será superada. Este es un momento duro y difícil: es posible que nos aplasten. Pero el mañana será del pueblo, será de los trabajadores. La humanidad avanza para la conquista de una vida mejor". Y minutos antes de que con afirmara con su suicidio su decisión de nunca aceptar nada de una dictadura, cerró su mensaje con las palabras más dulces que mago alguno haya proferido en el territorio de las Aracatacas: "Y les digo que tengo la certeza de que la semilla que hemos entregado a la conciencia digna de miles y miles de chilenos, no podrá ser segada definitivamente. Tienen la fuerza, podrán avasallarnos, pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen ni con la fuerza. La historia es nuestra y la hacen los pueblos" (Martí, *Nuestra América*). Palabras que suenan más a himno que algunas de las composiciones patrióticas nuestras. Extrañamente ninguno de estos dictadores llegó a pagar con su vida su iniquidad. No deja de ser irónica la coincidencia de que la muerte de Pinochet sucedió el 10 de diciembre de 2006, en la misma fecha en que se celebra el Día Internacional de los Derechos Humanos.

El único espacio que en el siglo XX nunca cayó ni en dictadura ni en dictablanda, fue Macondo; esta tierra sacra luchó con novelas y reportajes, con obras de teatro y con poesías — a pesar de que entre los muertos había poetas—, con canciones de protesta y con trovadores de arengas efectivas, todo sin disparar un solo tiro y contando con el beneplácito de los espíritus de sus ancestros, como el Coronel Aureliano Buendía, quien supo conservarse Macondo limpio de la sarna nefasta de las dictaduras, a pesar de que otros espacios mágicos llegaron a contaminarse, como la Comala rulfiana, espacio mexicano que luego sanó del todo. El mayor logro de todos los nuestros es que, al término del siglo XX, un nuevo espíritu de libertad habitaba en todas las regiones de la América *nostramericana*.

¿Cómo construir el bien común en una sociedad plagada de individualismo? La declaración de la independencia de los Estados Unidos de América, el 4 de julio de 1776, afirma que entre los derechos inalienables de la humanidad está la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad. Benjamín Franklin decía al respecto: "La Constitución garantiza al pueblo americano únicamente el derecho a buscar la felicidad, pero tú mismo tienes que atraparla". Palabras que hacen eco a las pronunciadas por Agustín de Iturbide al término de la guerra de Independencia mexicana: "Yo ya los hice libres, ahora a ustedes les toca ser felices". Ya nadie cree a ciegas, ni se casa con la persona mandada por sus padres. Ya nadie se somete políticamente sin un plebiscito de por medio. Sabemos que la felicidad no es de todos y ni al mismo tiempo, pero confiamos que se está construyendo con índices de desarrollo humano y otras fórmulas agoreras del bien común.

Martí afirmó que "No hay proa que taje una nube de ideas. Una idea enérgica, flameada a tiempo ante el mundo, para, como la bandera mística del juicio final, a un escuadrón de acorazados. Los pueblos que no se conocen han de darse prisa para conocerse" (Martí, *Nuestra América*). Bernardino Rivadavia,

el célebre político argentino, apuntó con certeza: "Estos países se salvarán" (Martí, *Nuestra América*). ¿Qué ha pasado en nuestra historia tras un siglo de libertad? En el cambio de segundo al tercer milenio, a cien años del ensayo martiano *Nuestra América*, los gobiernos de todos los países nuestros poseen matices socialistas en diferentes gradaciones. Únicamente Colombia y México siguen el sendero neoliberal, aunque pregonan un proyecto social, sea éste efectivo o no. Cuando Europa consolidó una República de Repúblicas y la URSS inició su camino democrático, llegó una oportunidad excepcional para la América nuestra. Al haber terminado la llamada guerra fría bipolar, en donde teníamos que definir el polo en que creíamos, ahora hemos pasado a vivir bajo una paleta política amplia desde donde escoger el sendero democrático que queramos recorrer. Si Salvador Allende hubiera vivido en este cambio de milenio, hubiera llegado al término de sus seis años del periodo presidencial sin golpe de estado, como lo hará seguramente la presidenta Michelle Bachelet, pudiendo probar el grado de su efectividad política.

Junto al logro de la amplitud política, el segundo logro mayor ha sido la mejora continental en la educación. Nuestra América ha mejorado extraordinariamente del nivel educativo que tenía hace un siglo. Y nuestro tercer mayor logro ha sido el arte nuestro: literatura, pintura y música. Por primera vez Europa tuvo que aprender de nosotros.

Las tres etapas de la vida de los pueblos son: etapa agrícola, etapa tecnológica y etapa creativa; hemos pasado las tres, primero con gobiernos autócratas, luego con gobiernos tecnócratas y ahora estamos en el umbral de la estetocracia, como este ensayo califica al gobierno con políticos cultos y creativos —los filósofos de Platón— en espera de que el siglo de la felicidad siga *in crescendo*.

Hoy vivimos un humanismo glorioso, pero no basta con decir una o mil veces "Me niego a admitir el fin del hombre" (G. García Márquez, *La soledad de América Latina*). En el tema del humanismo, las siguientes palabras del "Che" Guevara suenan paradigmáticas:

Hay que tener una gran dosis de humanidad, una gran dosis de sentido de la justicia y de la verdad para no caer en extremos dogmáticos, en escolasticismos fríos, en aislamiento de las masas. Todos los días hay que luchar porque ese amor a la humanidad viviente se transforme en hechos concretos, en actos que sirvan de ejemplo, de movilización [...] En nuestro caso, hemos mantenido que nuestros hijos deben tener y carecer de lo que tienen y de lo que carecen los hijos del hombre común; y nuestra familia debe comprenderlo y luchar por ello. La revolución se hace a través del hombre, pero el hombre tiene que forjar día a día su espíritu revolucionario [...] Todos y cada uno de nosotros paga puntualmente su cuota de sacrificio, conscientes de recibir el premio en la satisfacción del deber cumplido, conscientes de avanzar con todos hacia el hombre nuevo que se vislumbra en el horizonte.<sup>3</sup>

Ya no es tiempo de definir el tamaño de nuestra soledad, sino el tamaño de la libertad que hemos logrado, y de comenzar a definir, ¿De qué tamaño será nuestra felicidad social? La humanidad ha entrado al tercer milenio bajo el imperio de las palabras. García Márquez nos dice: "Es por eso que invito a todos



ustedes a brindar por lo que un gran poeta de nuestras Américas, Luis Cardoza y Aragón, ha definido como la única prueba concreta de la existencia del hombre: la poesía (GGM, Palabras pronunciadas en Zacatecas). El que afirma, cree, y el que escribe, cree dos veces.

Hace nueve décadas se agotaron los cien años de soledad. Ya se ha terminado el siglo de libertad, ¿qué devendrá el porvenir? Los cambios sociales logrados, el creciente espíritu martiano de la *nostredad*, la avenencia socio política que se respira y hasta los vientos humanísticos de la posmodernidad, todo anuncia con certidumbre el advenimiento de cien años de felicidad.

## Bibliografía

Allende, Salvador. Último mensaje Radio Magallanes, 11 de septiembre de 1973. Ver:

<http://www.patriagrande.net/chile/salvador.allende/ultima.alocucion.htm>

Bolívar, Simón. *Carta de Jamaica*.

<http://www.ensayistas.org/antologia/XIXA/bolivar/>

Fernández Retamar, Roberto. *Todo Calibán*.

<http://www.literatura.us/roberto/caliban3.html>

García Márquez, Gabriel. *Cien años de soledad*. Ver:

<http://www.bio-nica.info/Biblioteca/GarciaMarquez100.pdf>

—. Discurso *La soledad de América Latina*, pronunciado en la aceptación del Premio Nobel en 1982.

<http://www.sololiteratura.com/ggm/marquezdislasoledad.htm>

—. *Memorias de la Revolución*. Revista de Casa de las Américas, La Habana, enero de

1977. Además en Clarín (26.12.1999). Ver:

<http://www.sololiteratura.com/ggm/marquezmemorias.html>

—. Palabras pronunciadas en Zacatecas, *La Jornada*, México, 8 de abril de 1997.

—. "Carta abierta, de García Márquez a Mujica Láinez", *El País*, España, Cultura, 11 de octubre de 1979. <http://www.sololiteratura.com/ggm/gargabocarta.htm>

—. *Chile, el golpe y los gringos*. También llamado: Crónica de una tragedia organizada:

<http://www.sololiteratura.com/ggm/marqueztragedia.htm>

Lezama Lima, José. *La expresión americana*. México: Fondo de Cultura Económica, 1957.

Martí, José. *Nuestra América, La Revista Ilustrada de Nueva York*, 10 enero 1891. Además, en *El Partido Liberal*, México, 30 enero 1891. Ver:

[http://www.bibliotecayacucho.gob.ve/fba/index.php?id=97&backPID=2&tt\\_products=15](http://www.bibliotecayacucho.gob.ve/fba/index.php?id=97&backPID=2&tt_products=15)

Sanguinetti, Julio María. *Meditaciones del milenio: Los viejos y nuevos caminos de la libertad*. Montevideo: Arca, 1994.

<sup>1</sup> Las palabras del juramento de Bolívar fueron consignadas en los escritos de Simón Rodríguez. Ver:

---

[http://www.misionrobinson.me.gob.ve/index.php?option=com\\_content&task=view&id=17&Itemid=54](http://www.misionrobinson.me.gob.ve/index.php?option=com_content&task=view&id=17&Itemid=54)

<sup>2</sup> Este texto es un *Collage* elaborado con personajes y títulos provenientes de cuentos de García Márquez, excepto las dos últimas entradas que citan a personas reales. La penúltima cita el prólogo que GGM escribió para la niña poeta nadaísta, y la última, un artículo periodístico sobre el niño balsero Elián, originario de Cuba.

<sup>3</sup> Texto de Ernesto “Che” Guevara dirigido a Carlos Quijano, *Semanario Marcha*, Montevideo, marzo de 1965. Además en *Ideas en torno de Latinoamérica*. vol. I, México: UNAM, 1986. Leopoldo Zea, Editor. Ver:

[http://www.profesionalespcm.org/\\_php/MuestraArticulo2.php?id=4457](http://www.profesionalespcm.org/_php/MuestraArticulo2.php?id=4457)